Quita marcas de agua
Wondershare PDFelement

El rostro de la batalla

JOHN KEEGAN

Wondershare PDFelement

Publicado originalmente en 1976 y actualizado en 2004, este es el libro que consagró a John Keegan como el mejor historiador militar de su generación. Un análisis de tres batallas emblemáticas del arte de la guerra: Agincourt, Waterloo y el Somme, contadas desde el punto de vista del soldado que lucha en primera línea. Es una mirada a la experiencia directa de las personas «en el punto de máximo peligro», examinando las condiciones físicas de la confrontación, las emociones particulares, las dinámicas que se experimentan en el campo y los motivos por los que el soldado se mantiene en pie y sigue luchando en vez de darse la vuelta y huir.

Quita marcas de agua
Wondershare PDFelement

Título original: The face of the Battle. A Study of Agincourt, Waterloo and the Somme John Keegan, 1976

Traductor: Juan Narro Romero

Ilustración de cubierta: Enric Jardí

Editor digital: Un_Tal_Lucas

ePub base r1.2

Quita marcas de agua Wondershare PDFelement

En memoria de mi padre y de mi suegro.

Quita marcas de agua
Wondershare PDFelement

I

COSAS VIEJAS, TRISTES Y LEJANAS

¿Nadie me va a decir lo que ella canta? Su rítmico lamento tal vez se deba a cosas viejas, tristes y

lejanas, y batallas de hace mucho tiempo.

WORDSWORTH,

«La segadora solitaria»

UN POCO DE APRENDIZAJE

N unca he estado en ninguna batalla; ni la he presenciado de cerca, ni la he oído desde lejos, ni he visto sus secuelas. Les he preguntado a personas que sí han estado, como mi padre y mi suegro. He visitado campos de batalla, en Inglaterra, en Bélgica, en Francia y en Estados Unidos. He recogido a menudo pequeñas reliquias de combate, como un trozo de granada de obús alemán de 5.9 al borde de una carretera próxima al bosque de Poligon, en Yprés; o un proyectil anticarro, oxidado, en la cerca de un huerto de Gavrus, Normandía, que dejaría allí, en junio de 1944, algún escocés del 2. de Argyll y Sutherland. En ocasiones me he llevado a casa mis hallazgos más ligeros, como una bala Minié de Shiloh y una bola de granada de la Colina 60, que descansan entre bobinas de algodón en una caja de papel maché, sobre la repisa de la chimenea. He leído acerca de batallas. He hablado, naturalmente, de batallas. He dado conferencias sobre batallas. Y en estos últimos años he visto batallas que se desarrollaban, o parecían desarrollarse, en mi televisor. He visto otras muchas batallas, las primeras del siglo XX , en los noticiarios, algunas de una convincente autenticidad. Y he visto también películas, mucho más dramatizadas. E incontables imágenes estáticas, fotografías, cuadros y esculturas, con un grado de realismo variable. Pero nunca he estado en ninguna batalla. Y cada vez estoy más convencido de que tengo muy poca idea de cómo pueda ser una.

No es extraño, porque son muy pocos los europeos de mi generación —la nacida en torno a 1934— que hayan tenido de primera mano ese conocimiento de la batalla que marcó la vida de sus padres y abuelos. Ciertamente, aparte de los cuatro o cinco mil franceses que, junto con sus camaradas alemanes, españoles y eslavos de la Legión Extranjera, sobrevivieron a Dien Bien Phu (en Indochina), y del contingente algo mayor de británicos que tomó parte en la campaña de Corea central en 1950-1951, no encuentro ningún conjunto de europeos de menos de cuarenta años que hayan participado como combatientes en una batalla. Tengo la precaución de emplear aquí las palabras «combatientes» y «batalla» para poder consignar ciertas excepciones a la generalización anterior. La más obvia es la de los europeos continentales que eran niños durante la Segunda Guerra Mundial y sobre cuyos hogares subió la marea de la batalla, varias veces incluso, entre 1939 y 1945. Pero también la de los millares de soldados británicos y franceses que portaron armas en África y el Sureste Asiático en el periodo de la descolonización; además de los soldados de reemplazo portugueses que permanecen en campaña en Mozambique y Angola, y los profesionales británicos que efectúan misiones de policía en el Ulster.

Los primeros se excluyen por sí solos, puesto que no tenían edad para haber sido «combatientes» en la Segunda Guerra Mundial. Los segundos, porque su experiencia de la milicia, aunque fuese con frecuencia peligrosa y en ocasiones violenta —incluso muy violenta, en el caso de

Quita marcas de agua Wondershare PDFelement